

RABADE, ROMEO, S., *Estructura del Conocer Humano*, G. del Toro Editor, Madrid, 1985, 3ª edición.

Nos cabe la satisfacción de dar la bienvenida a una nueva edición de una obra de sobra conocida: *Estructura del Conocer Humano*, del profesor Rábade. El hecho de que una obra de gnoseología alcance su tercera edición es digno de ser analizado como síntoma de toda una época y un nuevo clima filosóficos. Aunque por razones de espacio no entremos en semejante análisis, hemos de señalar, con todo, que estamos ante uno de esos libros que nos enseñaron en su día casi toda la gnoseología que sabemos. Mas no se trata en este caso de cantar sus excelencias o señalar sus defectos, sino más bien de saludar su llegada en forma de tercera edición, y tratar a la vez de pensar sobre el sentido que una obra de este calibre tiene en un ambiente tan peculiar como el que vivimos —e incluso padecemos— los que nos interesamos por la filosofía.

Lo primero que hay que señalar es la dirección clara y decididamente pedagógico-didáctica de la obra, respondiendo a la vocación enseñante de su autor. Si algo, esta obra es, sobre todo, un libro de *consulta*, de apoyo al estudio de los autores y los temas que tienen que ver con la teoría del conocimiento. El estilo peculiar del profesor Rábade hace que en todo momento se tengan presentes dos aspectos o perspectivas: un desarrollo temático de problemas de la gnoseología, pero llevados siempre a su más honda raíz de pensamiento por su concreta circunscripción histórica. No se puede hablar acerca de ningún tema gnoseológico —menos aún estudiarlo— «en abstracto, porque la gnoseología no es un cuerpo cerrado, dogmático de cuestiones formalmente decididas, sino un ámbito abierto, en continuo desarrollo, vinculado a un proceso que arranca en los primeros —y tan hondos— atisbos presocráticos, hasta llegar a los más recientes «resultados» del ya casi acabado siglo XX. Por eso, uno de los aciertos de la obra sigue siendo, hoy más que nunca, la doble perspectiva mencionada más arriba. Por otro lado, y tratándose de una obra para uso, sobre todo, de estudiantes, su contenido ha de venir configurado en

torno a un repertorio de problemas típicos —e incluso tópicos— de la teoría del conocimiento, que van apareciendo *in crescendo*, no tanto por su complejidad temática, cuanto por su incidencia metodológica. Los dos primeros capítulos son prácticamente introductorios, para pasar en el tercero a un problema clave desde fines del siglo pasado: la conciencia intencional, como salida y apertura al mundo; el cuarto capítulo analiza, diríamos que exhaustivamente, el problema crucial del binomio «subjetividad-objetividad», confrontado en el correspondiente par «a priori-objeto». El capítulo quinto vuelve sus fauces aclaratorias hacia el problema del sujeto del conocimiento, con especial detención en los sujetos transcendentales, según los modelos de Kant y de Husserl; por fin, el capítulo sexto y último se embarca hacia un mar tan anegado de sugerencias como es el formado por el problema del criterio y el límite del conocimiento, auténtico *leitmotiv* de la filosofía, al menos en cuanto a presentación y formulación de problemas, de «Descartes para acá».

Si tuviéramos que definir los caracteres de esta obra, nos costaría jerarquizar los intereses de su autor, pero si hay alguno en torno al cual se aglutine el resto, se trata del antes citado: el pedagógico-didáctico. A su vera surgen la claridad, precisión y método, y como fuerza cohesionante, un profundo conocimiento de temas y autores, desde la Grecia clásica, pasando por la tan injustamente vilipendiada Edad Media, hasta las más recientes filosofías europeas. Es digno de alabar este nivel de conocimientos, toda vez que va convirtiéndose en algo inusitado, no ya sólo en nuestras universidades, sino incluso en la generalidad de nuestro *globus intellectualis*.

Como variaciones con respecto a anteriores ediciones, hay que señalar la traducción de todos los textos que aparecían en lenguas clásicas, —tarea tanto más descorazonadora por cuanto revela por parte del lector de nuestros días—, así como la reformulación de algunos párrafos, inserción de otros, e incluso la supresión de páginas enteras, con referencia a textos o a autores que parecen haber quedado «absoletos», cuando no superados —piénsese que la primera edición de esta obra es de 1966, y la segunda, de 1969.

Vaya como colofón de este comentario, la advertencia con que el profesor Rábade nos introduce en su propia obra: «Este libro no es un manual, ni tiene pretensiones de ser un tratado sistemático y completo de teoría del conocimiento. Con él sólo hemos intentado asomarnos a la estructura íntima del conocer humano». Ese *asomarse* a que se hace referencia en el texto, es el que nosotros deseáramos fervientemente alcanzar, cuando menos al término de nuestra singladura por los problemas de la filosofía, porque problemas son y no soluciones, los que este libro, como la misma filosofía toda, plantea al lector atento, estudioso o aficionado.